

YO



◀ "Alegoría de la Música", Manuscrito de *Echecs Amoreaux* (1496-1498)

la Música soy...

por Otto Cázares

¿Quién puede explicar la naturaleza de la voz? La voz no es más que aire. Pero en su ser levísimo está su potencia; en éste, su ser "no más que aire", su inefable misterio. El aire es un organismo femenino que se ve fecundado (¿por el alma, por el espíritu: quién lo sabe?) y de pronto —no sabemos cómo— el aire simple transmuta en "soplo", en "hálito"; se convierte en aquello que los griegos denominaron *pneûma* y que nosotros no podemos explicarnos porque hemos dejado extinguir los relatos míticos. La ciencia médica —que no deja de ser, a su modo, un relato mítico— explica el misterio de la voz de varias maneras, pero en cambio sacrifica toda poesía de sus razonamientos. Walter F. Otto no renuncia a la poesía en su filología, y en su libro *Las musas: El origen divino del canto y del mito*, el erudito no duda en explicar el canto desde ese centro sin muros que es la mitología:

"Cuando Zeus hubo ordenado y creado el mundo, los dioses vieron con asombro su magnificencia. El padre de los dioses preguntó si notaban la ausencia de algo. [...] Sí, respondieron. Hace falta una voz para alabar las grandes obras en palabras y en música."

Esa voz es el canto. Es una voz que pertenece a las musas: con ella celebran la creación divina. Pero a veces ellas pueden otorgar la voz como un 'don' a algunos mortales de privilegio: Orfeo, David o Fritz Wunderlich, que lleva en el apellido mismo la maravilla. Pero el aire, la voz y el canto presuponen que antes de ellos —antes incluso del inicio de todo mito— preexistía una instancia sin la cual ellos feneceían como retoños en tierra yerma: la música.

Calíope, la madre de Orfeo y musa "de la bella voz" no es la Música. La Música no es aún un personaje con brazos y piernas hecha de carne y cartílagos. Tendremos que esperar las excentricidades de los iniciadores de la ópera a principios del siglo XVII para que la Música cante y se personifique. En el origen, la Música no es una persona —ni menos aún, un personaje— sino una potencia como la justicia o la templanza.

De acuerdo con el gran musicólogo Ramón Andrés, la Música es:

"la primordial armonizadora de la vida [...] que pone en movimiento a los seres y a los accidentes".

Es decir que la Música pone en movimiento a todos los sonidos —la voz incluida— para hacer de ellos un arte que ordena el tiempo en intervalos y que acompasa todas las acciones humanas. Por eso no resulta gratuito que en los albores de la ópera se hiciera de la Música un personaje, el primero de ellos. La Música como personaje aparece en el prólogo de *L'Orfeo* de Claudio Monteverdi. La Música es la personificación del programa filosófico-artístico que se habían propuesto los eruditos que ensayaban una nueva manera de recitar cantando. Con su presencia iniciadora, la Música pone en acción una trama: la tragedia del cantor Orfeo que pierde a su amada Eurídice el día mismo en que contrae nupcias.

Dicho en otras palabras, sólo la Música propicia el canto órfico. Le antecede. De ahí la importancia suprema de la música como personaje en el principio de la historia de todo arte operístico.

Después de una *tocatta* de apertura —una auténtica fanfarria, como si los instrumentos de metal acuñasen con sonidos la heráldica de la familia Gonzaga— Alessandro Striggio, libretista y poetaastro de segundo orden pero que en *L'Orfeo* accede a altas cimas artísticas, hace decir a la Música:

*“Desde mi amado Permeso vengo a vosotros,
Íclitos héroes, noble sangre de reyes,
De los que la Fama narra excelsas glorias, mas
No alcanza a todas, pues son demasiado altas.*

*Yo la Música soy, que con dulces acentos
Sé tranquilizar al corazón turbado
Y de noble ira o de noble amor
Puedo inflamar las mentes más heladas.”*

En una monodia ariosa, bellísima e hipnotizante, la Música canta. Su voz es aire. Entona la primera aria, término que, en todo caso, remite al “aire fecundado” del *pneûma*. La Música adula en primera instancia a los Gonzaga, que son los que aportan todos los gastos de la extraña producción que tiene lugar en el Palacio Ducal de Mantua en 1607. Es justa la mención; qué duda cabe. Después, se presenta —*Yo la Música soy*— para inmediatamente hacernos conocer sus potestades: inflamar hasta a la más atarida de las sensibilidades humanas.

El 24 de febrero de 1607 el castrado Giovanni Gualberto Magli interpretó a la Música y halagó a los oídos mortales que le escucharon. Después, la Música ha sido desbordada por ejemplares interpretaciones entre las que cabe destacar la de la contralto y mezzo-soprano alemana Trudeliese Schmidt en la mítica producción de Jean-Pierre Ponnelle y Nikolaus Harnoncourt del año 1978.

*“Ahora, mientras alterno mis cantos alegres o tristes,
No se mueva un pajarillo entre las ramas,
Ni se oiga una ola en estas riberas
Y toda brisa se detenga en su camino.”*

Cuando la Música canta el pajarillo reprime sus trinos entre el ramaje de las arboledas. No se oye el murmullo del agua corriente de los ríos. Todos los accidentes se detienen para poder escuchar a *La Voz*. Por eso la Música cede la palabra a Orfeo:

*“Pero es de Orfeo de quien deseo hablaros,
De Orfeo que sedujo con su cantar a las fieras
Y siervo fue el Infierno a sus ruegos,
Gloria inmortal de Pindo y de Helicón.”*

La Música sin ínfulas de gloria, con modestia, cede la palabra al canto. Lo hace sin empacho porque sabe que sobrevivirá a éste cuando Orfeo muera espantosamente en manos de las Ménades. Podría decirse que todos los personajes a los que cederá la palabra morirán, en lo sucesivo, de maneras espantosas: es la tragedia y la sed de sangre que habita en todas las óperas. Ella, la Música, habitará en todos los prólogos y, a partir de *L'Orfeo*, cederá la palabra al canto para sobrevivirle siempre... ●



“Atributos de la Música”, Jean-Baptiste Simeon Chardin (1764)